

Luis Durand

Interpretación de la cueca

—¡Pa su casa voy!

—Esperándolo estoy...

—¡Ojalá me hiciera el servicio!

De pie en medio del corrillo expectante y entusiasta, los danzantes han detenido de súbito el nervioso ritmo del baile. Con el halda del poncho colorido, sobre el hombro, el guarapón cargado sobre un ojo, y la actiud conquistadora, el hombre ofrece a su pareja el «potrillo» rebozante de chicha, en donde naufragan las frutillas rubicundas. La moza ríe con las mejillas encarminadas de rubor. En las pupilas del hombre hay luces apasionadas, que acarician y ruegan, que mandan y dominan. Ella baja los párpados escondiendo la mirada, mientras en sus labios de guinda florece una sonrisa. Recibe el vaso, en su mano morena y regordeta, para a su vez retribuir el homenaje, con voz que entibia y endulza el gozo interior. Alza la mirada y dice:

—¡Se la hago!

—¡Se la pago pues prenda!

—¿Con todo?

—¡Ay por Dios! ¿No será mucho?

—Con lo que pueda entonces.

Goloso él, busca para beber, en el borde del vaso, el sitio donde estuvieron los labios de ella. En tanto puntean las guitarras sus notas amables y querendonas. Es el preludeo con su liviana inquietud, el incentivo juguetón, que brinca desde las

cuerdas, con gracia joven arañando la sensibilidad, y poniendo en el corazón un alegre anhelo. Canta adentro, en el espíritu, un ritmo jubiloso, que pone los nervios tensos, la alegría presta, y el oído atento para cuando las cantoras sueltan el chorrillo impetuoso de la tonada rústica y traviesa.

Hay una alegre complicidad en los ojos de las cantoras que de pronto como un grito de pasión, alzan la voz atropellada y vibrante:

«Dicen que las heladas
Mi vida secan los yuyos
Así me estoy secando
la vida por l'amor tuyo
Por l'amor tuyo, ay sí!
Quien lo creyera
Que a un hombre sin destino
Yo lo quisiera...

Ondean los pañuelos, como jirones de luces, en tanto los danzantes, se buscan, se esquivan, y vuelven a buscarse en rondas ágiles y juguetonas. La moza huye, huye, y el galán la persigue con los ojos centellantes, envolviéndola con el pañuelo, o atropellándola en un asedio impetuoso, para dejarla después con desdeñosa arrogancia, cuando ella se entrega, en un ir y venir, intencionado, a la vez esquivo y prometedor. Al pie de las cantoras se han arrodillado algunos de los asistentes para «ganar las tres mitades». La concurrencia presa de alegre y jubilosa exaltación aviva la cueca con acompañamientos de palmoteos, y gritos intencionados.

- ¡Voy a ella una estrella!
- ¡Voy a él, un clavel!
- ¡Voy a la pollita!
- ¡Cómetela perro!

Y de súbito las cantoras, en el momento en que se va a fina-

lizar el primer «pie» del baile, imprimen a las guitarras un ritmo más violento a tiempo que alzan la voz, para que los danzantes cambien de lado. Entonces el hombre sonrío desafiante, con aire de vencedor. La moza acepta el reto y cogiéndose la punta del vestido, yergue el busto y adelantando el pecho hace flamear el pañuelo. Ahora sus ojos reciben sin esquivaces, el flúido quemante de las pupilas del hombre, con los labios entreabiertos en una sonrisa de entendimiento mientras sus pies leves escobillean graciosamente la danza de la tierra. El mozo la asedia y ella resiste el asalto, con los ojos alumbrados de picardía y el gesto decidido. El entusiasmo de los asistentes sube de punto, y las pullas y chirigotas son cada vez más intencionadas:

—¡No le afloje mi hijita!

—¡Péguele con el ojo del hacha!

—¡Huija rendija, sortija, la madre y la hija, los padres franceses las monjas inglesas, le llora la guagua debajo l'enagua!

El hombre estrecha el asalto, sin que la moza retroceda. Se acarician con el centelleo de sus miradas quemándose con el hábito jadeante de sus bocas que se buscan y se esquivan. Y juntos casi tocándose sus cuerpos, ella lo asalta ahora, extendiendo su falda como un abanico, con un impetuoso zapateo, que él contesta, apresurando el ritmo, con jactancioso y risueño alarde, hasta cuando uno de los asistentes se interpone con los vasos rebosantes y la lengua suelta para improvisar:

—Aro, aro, dijo doña Pancha Alfaro, donde me canso me paro. Póngamoslo al reparo a pitar este cigarro, es que le dijo el jote al traro, y aproveche la ocasión porque está todo muy caro. En la intención soy grandazo, y en la hechura chiquitito, acépteme esta copita que la pondrá más bonita...

Sigue la retahila de dicharachos y pullas picantes para la pareja que acaba de actuar, mientras los cantores componen la voz, con un trago de mistela olorosa, o de ponche con malicia, que es el combustible necesario para que en la fiesta no decaiga la alegría y el entusiasmo.

Y así es la cueca chilena, alma vibrante de la raza; auténtica expresión de lo típico que adquiere su más elocuente intención cuando la alegría brinca desde cada corazón y los pañuelos ondean en un ir y venir de engañosos amagos. Es el gracioso duelo, cálido y expresivo, en que el alma popular irrumpe desde el fondo de su ancestral desgano y apatía para demostrar que hay todavía en cada pecho una fuerte dosis de optimismo sano y robusto, energía espiritual que en el sentimiento del pueblo se hace aroma y canción. Entonces como un río dulce y evocador la emoción adquiere la plástica gracia del dicho ingenioso, y de la risa clara, que estalla como un reguero de luces para animar la fiesta popular chilena.

Empero hoy en día, desgraciadamente, la cueca chilena, como una chicuela de cascos livianos, va siendo olvidada. El necio afán de imitar lo extranjero la ha ido relegando cada vez más, hasta obligarla a ir a ocultar su brioso desenfado, en las casas de diversión, donde suele aparecer como una flor exótica en las altas horas de la noche, cuando la presión de los tragos ha elevado a alturas desproporcionadas, el desorbitado afán de divertirse que acomete a los trasnochadores. Allí, adquiere inusitado brío, entre el estrépito de las arpas y del piano, que ahogan la melodía romántica de las guitarras, que saben expresar como ningún otro instrumento, lo más auténtico de la chilenidad.

Afortunadamente en el campo chileno, la cueca aún conserva su prestigio y su dominio. Allí junto a la vara topeadora donde los caballos, refriegan sus pechos sudorosos o bajo el corredor donde las enredaderas se abrazan a los postes, para poner su signo de belleza y poesía y perfumar el ambiente, la cueca florece lozana y graciosa como la manifestación más sabrosa y expresiva del alma popular.

Y es que la cueca es eminentemente campesina. Su raíz está en la tierra, y su fuerza pasional arranca del hombre que vive junto a ella. Las palabras de sus canciones tienen fragancia de manzanillón y de poleo, hay en ella la transparencia de las aguas

corrientes, livianas y saltarinas, que van murmurando suaves arpegios al deslizarse sobre su lecho de arenas doradas. Como las mozas campesinas, se viste de sayas encendidas y ostentosas. Lleva un clavel en la oreja, y un chispazo de juventud en el corazón. Cogió de las copihueras su gracia aérea y delicada, del viento su queja musical, y de los pájaros que perforan las lejanías, en alegres errancias, la fresca y entonada melodía de sus cantos. Y es por eso que la cueca adquiere su más alto prestigio y lozanía, junto a las parvas rubias, o bajo la noble elegancia de los robles coposos donde juega el viento dorado por el sol. Hay que ir al campo, para apreciarla en todo su sabor auténtico y típico, para gustarla por mejor decir, entre el aroma incitante de un guiso criollo, el tintinear de unas espuelas bien templadas, y una voz de mujer cuya emoción se lleva el viento de una tarde campesina.

* * *

Azotándose los flancos para espantar los tábanos tenaces, van los mansos bueyes tirando la carreta que llevan a las cantoras hacia la era, donde se alzan las parvas rubias y olorosas. Va la carreta florecida de sayas, de tonos alegres y vivos, en tanto la parla cálida y picante se mezcla al trinar de las guitarras, para acortar el camino, lentamente los bueyes, barnizados de sol, húmedos de sudor, van haciendo la jornada bajo la protectora sombra de los álamos, entre cuyas ramas los jilgueros, derraman el cristal de sus cantos y los zorzales silban en sus pitos de plata.

—¡Bandera!... —¡Florío!—dice la voz cascada del carretero animando a la yunta. Y los bueyes sin apurarse parecen adormecerse más, bajo la caricia ardiente del sol, cuya luz hace cabriolas azules en la lejanía.

—Comadre—dice una vieja—¿Se acordó de cambiarle la

clavija a su vihuela, mire que esta tarde le vamos a dar mucho que hacer.

—Claro pues comadrita,—contesta la interpelada con voz cantarina. Si no, pa qué venía. Los estorbos no hacen falta en una fiesta—agrega después en tono sentencioso.

El viento trae de los potreros aroma de pastos maduros, y plumillas de cardo que se enredan en los alambres de la cerca, o se diluyen perdiéndose en la distancia. A lo lejos, envueltos en una polvareda áurea galopan grupos de jinetes que van también hacia la era donde las gavillas esperan la briosa galopada de las bestias, para entregar el grano maduro de las espigas.

Y cuando la carreta entra en la explanada, donde ya las piaras de caballos y de yeguas galopan briosas sobre la parva perseguidos por el látigo estellante de los jinetes, las cantoras son recibidas con una salva de aplausos y el estridente vocerío de los hombres, que con el torso desnudo y bañados de sudor trabajan en la ruda faena de la trilla.

Don Baltazar, el dueño de la trilla, clava espuelas a su yegua colorada que arranca disparada en loca carrera, para ir a rematar junto a la carreta. Es un viejo, de rostro iluminado de simpatía en donde el arado de los años hizo su barbecho de arrugas. Con su amplia chupalla de paja que el fiador afirma bajo el labio, ríe feliz de que su trilla esté tan bien acompañada.

—¡Benaiga, que se demoraron!—exclama a grandes voces. Ya estábamos disponiendo mandarlas a traer en ancas de los niños que andan en bestia mansa. Ya la gallada no quería trabajar, porque dice que trilla sin canto es como velorio sin muerto, o cazuela sin gallina.

La carreta ha sido rodeada por los asistentes. Algunos más avisados han saltado sobre el lomo de los mansos bueyes para examinar mejor a las cantoras. Viejas algunas, jóvenes y bonitas otras, traen todas un soplo de vitalidad y simpatía. Los jinetes se estrellan junto a las barandillas de la carreta, pues todos quieren

ser los primeros en estar cerca de las guitarras, que traen muchos kilos de cuerdas de repuesto.

—Que venga una tonada—dicen todos, mientras las viajeras afinan y puntean con acordes, que son como un arrullo acariciante.

Gracias las voces, se escapan de sus gargantas, como un lamento, que se torna grito apasionado, cuando la tonada se endulza de esperanza, versos sencillos y fragantes, salpicados de intención y humedecidos por el ruego después.

«Te hey de escribir una carta
y en un pliego de papel,
pa que cuando la estís lendo,
lágrimas se te han de quier...».

Y luego que terminan, la concurrencia pide otra tonada, que ahora es alegre y maliciosa. Los oyentes a ratos la corean con voces rudas, que se lleva el viento, y que el eco devuelve como un remedo burlón entre los árboles de un monte próximo. Hay uno que grita desde la ramada:

—Los que tengan sed que bajen al agua!

Y otro agrega entusiasta:

—Abájese oña Petronila a dar fe como está el ponche.

La vieja sonrío, y alzando la guitarra se afirma en las barandillas para incorporarse. Volviéndose a las niñas las invita:

—Apéense pues chiquillas, pa que vamos a resfrescarnos a la ramá. No andamos trayendo precisa, ni andamos tampoco en bestias emprestás.

Don Balta, se ha desmontado de su robusta yegua colorada y hace los honores de rigor, a sus visitas. A una chiquilla rubia, que no se decide a bajar de la carreta, le dice con risueña zalamería:

—Ya pues Dolorcita, apéese antes que le baje reumatismo, mire que pá morirnos nos quea mucho tiempo...

En tanto los hombres que trabajan en la faena de la trilla, han vuelto de nuevo a la parva, para animar con el látigo a las bestias que ahora galopan atropellándose hundidas en el dorado océano de espigas y de paja.

—¡Ah yegua, ah yegua!...

Arriba está el cielo intensamente azul. En la ramada las cantoras se han ido acomodando junto a la quincha que traspasa el viento. Un cordero entero se dora sobre una fogata esparciendo un grato aroma. Las empanadas duermen su último sueño de señoras obesas en un gran canasto. Hay unas damajuanas barrigudas que aún no han sido tocadas.

Y cuando la tarde declina, la trilla ya ha concluído. El viejo Baltasar le cobra sentimientos a doña Eduviges, por antiguos y casi olvidadas veleidades amorosas. Pero hay alguien que lo interrumpe gritándoles:

—¡Oiga pues on Balta!, sáque-la a bailar, pa que acaben de ponerse bien.

—Muy verdá es—replica éste.

—¿Me acompaña oña Eduviges?

—Pero on Balta por Dios, si hace tanto tiempo que ya no bailo.

—Quien dijo miedo oña Eduviges.

Uno de los hombres gana ya las tres mitades, en tanto otro lanza entre el pintoresco tumulto su andanada de refranes:

—Póngale gente a la loma y perros a la quebrá hasta que la ñebla tupa, y si la zorra se arranca, póngale chincol de tranca patrón...

Pan y vino. Aire y sol. Vida en plenitud de goce. De pronto como una perdiz sorprendida, estalla la canción:

«¡Queridó, queridó vente a mis brazos
la vida y hasta cuando
me querís tener penando!

Son cinco, son diez parejas las que ahora cubren la explanada junto a la parva, donde las cantoras han ido a sentarse para gozar del aire fresco de la tarde que se puebla de rumores.

On Balta, baila con gracia y empaque juvenil. Tintinean las espuelas, y la faja roja de su cintura es ahora la encendida llamada que reemplaza los ardores ya lejanos de su corazón. Doña Eduviges, lo apura y requiere con gracia un poco ruda y una simpatía radiante de alegría.

¡La vidá, la vidá que lindo jueca
Que todo sueño dulce
La vida cierto saliera!

La tarde ha ido descendiendo y las sombras dan un prestigio romántico a la fiesta. El viento trae agrestes fragancias y se lleva los acordes jubilosos de la cueca chilena que los buenos campesinos, aman y comprenden.